

AGENDA CIUDADANA

LA ACADEMIA, DE SU SENTIDO Y COMO PERDERLO

Lorenzo Meyer

El Problema.- En México, la institución universitaria tiene más de de cuatro siglos y medio de antigüedad, pero sigue siendo muy frágil. Hoy, la universidad pública e instituciones afines, no están pasando por su mejor momento --sobre todo aquellas que no tienen las dimensiones de la UNAM y que, por tanto, tampoco tienen su fuerza política— y son muy vulnerables a una política oficial que tiene preferencia por la universidad privada.

A raíz de una negociación en torno a salarios y prestaciones, la institución a la que ingresé como estudiante hace casi nueve lustros y en la que me desempeñé como académico, está pasando por un mal momento como resultado del desencuentro entre una parte de la planta académica por un lado, y las autoridades de la institución y del país por el otro, (sobre el particular, ver el desplegado publicado por el organismo gremial de académicos de El Colegio de México, en Reforma, el 4 de febrero). Sin embargo, el problema que hoy afecta a ese y a otros centros similares empezó a incubarse de tiempo atrás, y es indicador de un problema mayor y que tiene que ver con la indefinición sobre el papel que realmente juegan las instituciones públicas de educación superior e investigación en el proyecto nacional, suponiendo, claro, que tal proyecto realmente existe.

La fuente inmediata de irritación y desánimo entre un buen número de académicos de las instituciones públicas de educación superior e investigación, en particular los jóvenes, se centra tanto en salarios relativamente bajos como en el desgano de los responsables de la administración para entender, atender, animar, modificar y encausar de manera clara la vida académica. Y ese descontento se produce y agudiza en una coyuntura donde los competidores de México en el proceso de globalización --notablemente China e India--

desarrollan agresivas políticas educativas e investigación de largo plazo que les permite contar, entre otras cosas, con un número significativo de universidades e institutos científicos de excelencia, donde se forman los cuadros que están activando sus economías.

El malestar que anida en una parte de la comunidad que labora en las instituciones públicas mexicanas, es un compuesto donde los elementos económicos son sólo una parte, y el resto es producto de la baja estima en que se tiene, en la práctica, a la calidad de la educación e investigación científica, así como por la naturaleza de unas relaciones de autoridad cuya forja se dio a lo largo de los decenios en que dominó el viejo sistema autoritario priísta, pero que, en buena medida, subsiste y se reproduce. Finalmente, en el mundo de las instituciones públicas mexicanas se extiende la sospecha o convicción de que el actual proyecto nacional está dominado por una idea errónea de lo que debe ser la relación apropiada entre el mercado y la educación e investigación. Esa idea subestima el valor económico –y moral-- de la educación y creación original de conocimiento y sobrevalora la aportación del mercado a esas tareas.

Las Comunidades Académicas.- Antes de continuar, conviene aclarar la naturaleza o esencia de ese complejo y delicado ente que es la universidad; delicado porque ha costado siglos y esfuerzo crearlo, pero es relativamente fácil y rápido destruirlo o inutilizarlo.

El origen directo de nuestras universidades –espacio dedicado al intercambio libre de ideas a través del análisis y discurso racional-- se encuentra en las escuelas de “estudios generales” de la Europa medieval, y su arranque fue Bolonia, justo al final del siglo XI. Se trató de corporaciones de maestros y estudiantes de diversos orígenes nacionales, que se unieron en torno al deseo de explorar sistemáticamente el mundo de las ideas y el conocimiento y que recibieron sus cartas constituyentes de papas, emperadores o reyes, que le garantizaron libertad de autogobierno en tanto no atacasen los fundamentos de la fe

cristiana. La autonomía de estas instituciones se fincaba en que no dependían más que de sus propios recursos —el cobro a los estudiantes—, que a su vez era función de la calidad de la enseñanza. Los exámenes eran todo, menos fáciles.

Con el tiempo, las universidades adquirieron prestigio, poder y riqueza, pero las guerras de religión les obligaron a tomar partido, y mientras unas defendieron las ideas y razones de los protestantes, otras lo hicieron con las de los católicos y, al final, lo que ocurrió fue una baja en la calidad del conjunto. Al concluir el siglo XVII y a inicios del XVIII —el momento del despegue del capitalismo europeo—, en Alemania se dio forma a la universidad moderna, cuyo modelo se expandió al resto de Europa. Este nuevo tipo de universidad se propuso mantenerse al margen de las ortodoxias religiosas y puso el acento en la racionalidad y en la búsqueda del conocimiento. Poco a poco la secularización ganó terreno en favor de la objetividad científica, la investigación, la experimentación y la plena libertad de cátedra. Este tipo de institución —que se expandió al resto del mundo en los siglos XIX y XX—, requirió financiamiento más allá del que podía obtenerse con recursos propios, de ahí que finalmente el Estado se convirtiera en su fuente principal de sustento. En principio, se intentó que ese apoyo no alterara la lógica y los fines últimos de la institución; no siempre se logró que así fuera, pero el ideal se mantuvo.

Con la universidad privada moderna, resurgió la comunidad que se sostenía con los recursos aportados por los estudiantes, aunque las más exitosas de éstas pudieron encontrar grandes donadores privados —individuales e institucionales— y contratos con empresas o gobiernos, lo que les permitió consolidarse, expandirse y competir.

Hoy, la universidad y los centros de investigación son parte integral y central de nuestra civilización. Desde luego que la academia no es la única fuente de las ideas y teorías que han transformado y siguen transformando al mundo contemporáneo, pero es una de las

principales. Albert Einstein, por ejemplo, desarrolló sus teorías en el espacio de una universidad –la de Princeton--, la primera reacción atómica se llevó a cabo en los laboratorios de una universidad –la de Chicago-- donde también se sistematizaron las ideas de la economía neoliberal. No es posible, pues, pensar a ninguno de los países desarrollados o que están desarrollándose con éxito, sin un sistema de universidades e institutos de investigación de excelencia, donde la aportación del Estado es fundamental, pues el mercado no está hecho para promover por sí mismo el conocimiento en su sentido más amplio.

Propósito. - ¿Cuál es o como se puede definir hoy el objetivo de la actividad académica a nivel universitario? En los años sesenta del siglo pasado, Barrington Moore, un destacado sociólogo norteamericano, señaló que el propósito último de esas instituciones de enseñanza e investigación superior era contribuir a identificar y combatir las causas de la miseria humana por la vía del conocimiento. Y para lograr ese conocimiento se debía, por un lado, perseguir el ideal liberal --la búsqueda desinteresada pero apasionada de la verdad y la belleza-- y por otro, servir a la comunidad, educar y ser un espacio para facilitar el ascenso de los elementos más brillantes de los grupos sociales menos privilegiados, (The Causes of Human Misery, Boston, Beacon Press, 1972, pp. 92-93).

Como definición de lo que debe ser una institución académica de enseñanza superior e investigación, especialmente si es pública, la de Moore es interesante, aunque no exenta de problemas. En efecto, la búsqueda de la verdad con frecuencia choca con intereses políticos o económicos muy concretos y fuertes. Toda “verdad”, especialmente en el campo social, implica ganadores y perdedores. La definición misma de “servicio a la comunidad” no es neutral, depende del cristal o interés del que decide, y la naturaleza de lo que debe ser la

formación adecuada de un estudiante, siempre estará sujeta a debate e intereses de grupo, como es hoy el caso en Estados Unidos entre los “creacionistas” y los que aceptan a Darwin.

El gran sociólogo Max Weber, al contrastar la naturaleza del científico con el político, dejó en claro la incompatibilidad natural entre los objetivos de ambos. La verdad que no sirve de instrumento al político, le es poco útil y en cambio una distorsión de esa verdad le puede ser de utilidad extrema. Esta contradicción alcanza su punto máximo cuando de las instituciones de enseñanza e investigación surgen ideas y propuestas que ponen en duda la racionalidad o legitimidad del régimen existente y de la red de intereses que dominan en cada época, es decir, que ponen en entredicho al *status quo*.

El Agravio.- Una parte de los académicos que laboran en universidades y centros de investigación públicos en México, se sienten hoy agraviados por un conjunto de razones. En primer lugar, los números son un indicador claro de preferencias y políticas. Las empresas refresqueras –que están en el origen de este gobierno--, recibieron en el 2004 una exención fiscal equivalente a cinco veces el presupuesto de los 27 Centros Públicos de Investigación. Mientras en los últimos siete años surgieron en nuestro país 444 universidades privadas, el sector público apenas creó 13, pero como en México la universidad privada es una institución de docencia y no de investigación, resulta que el 98% de los doctorados nacionales –el grado universitario más alto— tuvieron su origen en el único lugar posible: en las menospreciadas instituciones públicas, (véase a José Luis Reyna, Milenio, 7 de febrero). Y las cifras pueden continuar. En los últimos 30 años los países del sureste asiático multiplicaron por nueve su inversión en ciencia y tecnología, pero México solo lo hizo por dos; no es coincidencia que en ese mismo período el ingreso per capita de Corea del Sur aumentase en 25 veces mientras que el de México lo hizo sólo en 3.8 veces. Si España

invierte hoy el 2.6% de su PIB en ciencia y tecnología y Brasil el 0.9%, en el México de Fox esa inversión estratégica apenas llega a un minúsculo 0.37%.

El agravio también está en las remuneraciones. Los altos funcionarios públicos mexicanos se encuentran entre los mejor pagados del mundo, pese a que su desempeño es, por lo menos, mediocre. En contraste, los sueldos académicos están en el otro extremo. Con motivo del último escándalo político —la presencia de un posible infiltrado de los carteles del narcotráfico en la residencia presidencial— nos enteramos que el implicado, un funcionario de tercer nivel —director de área—, recibía un sueldo mensual bruto de \$78, 805 pesos. En comparación, un profesor e investigador joven que desea ingresar a una institución como en la que yo me encuentro, se le pide un doctorado y una publicación científica, pero a cambio se le ofrece un sueldo tabular más compensaciones que, en el mejor de los casos, apenas llegan a ser un tercio de lo que recibía el funcionario bajo sospecha que trabajaba en “Los Pinos”. A nadie debe extrañar que cada vez más los mexicanos con postgrado en el extranjero prefieran desarrollar sus habilidades en el exterior, como Mario Molina, el premio Nóbel, (sobre la “fuga de cerebros”, véase a Heriberta Castaños-Lomnits, La Jornada, 28 de agosto, 2004).

Finalmente, la académica es, en principio, una comunidad no jerárquica, de iguales, donde la autoridad formal es secundaria frente a la autoridad ganada en el campo del conocimiento. Sin embargo, en la práctica, en México las universidades públicas e instituciones afines, terminaron por adquirir la misma estructura y principios dominantes en el sistema autoritario construido bajo el régimen priísta. Hoy, en la relación interna del mundo académico, son los administradores quienes tienen los mayores privilegios y las relaciones de autoridad dominantes mimetizan las existentes en el entorno político. Si en una universidad como Stanford, por poner un ejemplo, en 1999 el sueldo del presidente era

superado por el de un par de profesores de la escuela de medicina, en México tal situación es impensable, pues aquí se premia la distancia entre académicos y administradores, de ahí que el estilo de gobernar y decidir en esos espacios sea predominantemente burocrático.

Hoy el problema del mundo académico y científico mexicano no está en los primeros lugares de la agenda nacional, pero en una economía donde la educación debería ser uno de sus motores, tendría que estar.